

# LAS MUJERES EN LA PASION DE JESUS

## ¡SIEMPRE ELLAS!...

Dicen que María guardaba entre sus más ricos tesoros, un vaso de alabastro, lleno de ungüento de nardo, muy precioso. Dicen que con él se acercó silenciosa a Jesús y que rompiendo el delgado cuellecito del pomo, fué derramando gota a gota el precioso contenido sobre la tendida cabellera del Santo Maestro. Dicen que María ungió los sagrados pies con el mismo valioso perfume y que los enjugó con sus negros y flotantes cabellos... llenándose la casa de Betania de suavísima fragancia... Cuentan que, perplejo el débil Pilatos, vacilante y confuso en el cumplimiento del deber, siéndole notoria la inocencia de Jesús y temiendo las amenazas del pueblo, recibió el mensaje de una mujer, solicitando, imponiendo que no se mezclase en la causa del Justo, por quien ella se preocupaba y padecía...

Señala San Lucas entre el gentío de curiosos que se agolpaba y estrujaba en las calles de Jerusalén, para ver el fúnebre cortejo que al Calvario se dirigía, a mas mujeres que lloraban y se dolían al ver el divino rostro afeado y destrozado. Refiere la tradición que una piadosa mujer limpió con sus tocas la faz del Salvador... Había en Jerusalén, dice un historiador, una junta de mujeres que preparaban y costeaban una bebida confortante, compuesta de mirra amarga y vino, y que era por ellas ofrecida a los injusticiados. El caritativo objeto de esta bebida era embotar los sentidos del reo, con lo que se mitigaban sus acerbos padecimientos.

Jesús lleno de bondad y reconocimiento, aceptó la bebida que manos amigas, abriéndose paso entre la soldadesca, le ofrecieron, si bien el Santo Maestro la rehusó al probarla, sin duda para conservar la plenitud de sus sentidos y aceptar con serena paz la magnitud del sacrificio. María, la Santa Madre de Jesús, presenció el horrible suplicio de su Hijo, manteniéndose afligida al pie de la Cruz. Con ella estaban María Salomé, María Cleofás, María Magdalena, y otras piadosas mujeres de nombre desconocido. Ellas... ¡siempre, ellas!... Las delicadezas, los dulces consuelos constituyen su vida toda, marcan su misión sobre la tierra... Veinte siglos después de la horrible tragedia que redimió al mundo, siguen ellas casi solas, afligidas y serenas, al pié de la Cruz, ocupando lugares que los hombres, huyendo, dejaron vacíos.

Ramona SARABIA

(BELINDA)